

Wolfgang Herrndorf

Goodbye Berlín

Traducción del alemán de
Rosa Pilar Blanco

alevosía 

A mis amigos

Dawn Wiener: ¡Yo solo me estaba defendiendo!
Señora Wiener: ¡¿Quién te dio permiso para que te defendieras?!

Todd Solondz, Bienvenido a la casa de muñecas

1

Lo primero que se percibe es el olor a sangre y a café. La cafetera está enfrente, sobre la mesa, y la sangre, en mis zapatos. Para ser sinceros, no es únicamente sangre. Cuando el más mayor dijo «catorce», me meé en los pantalones. Estuve todo el rato inclinado en el taburete, sin moverme. Me sentía mareado. Intentaba aparentar lo que yo creía que pensaría Tschick cuando alguien le dice «catorce», y después, acojonado, me meé en los pantalones. Maik Klingenberg, el héroe. No tengo ni idea del motivo de tanta excitación, sobre todo si tenemos en cuenta que siempre ha quedado claro que las cosas terminarían así. Seguro que Tschick no se ha meado en los pantalones.

Por cierto, ¿dónde demonios se ha metido Tschick? Lo vi en la autopista, cuando saltó a la pata coja a los matorrales, pero creo que también le han echado el guante. No se llega muy lejos con una sola pierna. Como es natural, no puedo preguntar a los policías, porque si no le han visto, es preferible no levantar la liebre. A lo mejor no le han visto. Desde luego, por mí no se enterarán. Ni aunque me torturen. Claro que, según creo, la policía alemana no tortura. Eso solo pasa en televisión y en Turquía.

Pero estar completamente meado y sangrando en el puesto de policía de la autopista y responder a preguntas de tus

padres tampoco es que sea precisamente una bicoca. Quién sabe si la tortura sería incluso agradable, porque entonces tendría al menos un motivo para el nerviosismo.

Lo mejor es cerrar el pico, dijo Tschick. Yo coincido con él. De todos modos ahora ya da igual todo. A mí me da todo igual. Bueno, casi todo. Tatiana Cosic, por ejemplo, no, claro. A pesar de que llevo mucho tiempo sin pensar en ella. Pero ahora que estoy sentado en este taburete y fuera pasa rugiendo la autopista y el policía más mayor lleva cinco minutos ahí detrás, junto a la cafetera, echando agua y vaciándola de nuevo, apretando el botón y examinando el aparato por debajo, aunque hasta el más tonto puede ver que el alargador no está enchufado, pienso de nuevo en Tatiana. Porque a decir verdad yo no estaría aquí si no fuera por Tatiana. Ella, sin embargo, no tiene nada que ver con este asunto. ¿Es confuso mi relato? Pues lo siento. Lo intentaré más tarde. Tatiana, la mujer más guapa del mundo, no aparece en toda la historia. A lo largo de todo el viaje me imaginaba siempre que ella podía vernos. Mirando desde el campo de mies. Plantados encima de las montañas de basura con el manajo de mangueras como los últimos pringados... Siempre me imaginaba que Tatiana estaba detrás de nosotros viendo lo que nosotros veíamos y alegrándose cuando nosotros nos alegrábamos. Ahora me reconforta pensar que todo son figuraciones mías.

El policía saca un pañuelo de papel verde de un toallero y me lo da. ¿Qué debo hacer con él? ¿Limpiar el suelo? Él se agarra la nariz con dos dedos y me mira. Ah, ya. Sonarme. Me sueno los mocos, mientras me sonrío amablemente. Pero ¿qué hago ahora con el pañuelo? Miro por el suelo, buscando. El puesto de policía está recubierto de linóleo, exactamente igual que los corredores que conducen a nuestro gimnasio. Veo a Volkov, nuestro profesor de

educación física, caminando con paso elástico por los corredores, setenta años, en plena forma: ¡Ánimo, chicos! ¡Un, dos! El sonido chasqueante de sus pasos sobre el suelo, risitas lejanas desde los vestuarios de las chicas, y Volkov dirigiendo la mirada hacia allí. Veo las altas ventanas, los bancos, los aros que nunca se utilizaban en el techo. Veo a Natalie, a Lena y a Kimberley aparecer por la entrada lateral del pabellón. Y a Tatiana con su chándal verde. Veo su reflejo desvaído en el suelo del gimnasio, los pantalones brillantes que ahora visten siempre las chicas, las partes de arriba. Recientemente la mitad de ellas hace gimnasia con gruesos jerséis de lana, y por lo menos tres tienen siempre un certificado médico. Instituto Hagecius de Berlín, octavo curso.

—Yo creía que quince —digo, y el policía sacude la cabeza.

—No, catorce. ¿Qué pasa con el café, Horst?

—La cafetera está estropeada —responde Horst.

Quisiera hablar con mi abogado.

Esas serían las palabras que tal vez debería pronunciar ahora. Es la frase adecuada en la situación adecuada, como todo el mundo sabe por la televisión. Pero, claro, es muy fácil decir: «Quiero hablar con mi abogado». Estos seguramente se troncharían de risa. El problema es que no tengo ni idea de qué significa esa frase. Si digo que me gustaría hablar con mi abogado, y ellos me preguntan: «¿Con *quién* quieres hablar? ¿Con *tu abogado?*», ¿qué contesto? En toda mi vida he visto a ningún abogado, y tampoco sé para qué me serviría. Ni siquiera sé si letrado es lo mismo que abogado. O fiscal. Será algo parecido a un juez, supongo, solo que está de mi parte y sabe más de leyes que yo. Pero prácticamente todos los que están en esta habitación saben más de leyes que yo. Sobre todo los policías. Podría preguntarles, claro. Pero apuesto a que si pregunto al más joven si ne-

cesito un abogado, se volverá hacia su colega y exclamará: «¡Eh, Horst, tío! ¡Ven, hombre, ven! Aquí, nuestro héroe, quiere saber si necesita un abogado. Fíjate... Llena todo el suelo de sangre, se mea en los pantalones como un campeón y... ¡quiere hablar con *su abogado*». Ja, ja, ja. Se partirían de risa, claro. Creo que ya me va lo bastante mal como para encima ponerme en ridículo. Lo pasado, pasado. Pero más, ni hablar. En eso tampoco puede cambiar nada el abogado, porque solo un enfermo mental podría intentar negar que la hemos cagado. ¿Qué voy a decir? ¿Que me he pasado toda la semana en casa tumbado junto a la piscina, que pregunten a la asistenta? ¿Que los cerdos cayeron como llovidos del cielo? La verdad es que ahora no puedo hacer mucho más. Bueno, podría ponerme a rezar mirando a La Meca y cagarme en los pantalones, pero no me quedan muchas más opciones.

El más joven, que en realidad tiene pinta de simpático, sacude la cabeza y repite:

—Lo de quince son pamplinas. Catorce. A los catorce tienes responsabilidad penal.

Seguramente ahora debería sentirme culpable y arrepentido y todo eso, pero, para ser sincero, no siento absolutamente nada. Solo un terrible mareo. Me rasco la pantorrilla. Pero donde antes estaba mi pantorrilla ahora no hay nada. Una tira violeta de moco se queda pegada a mi mano. Eso no es *mi* sangre, dije antes, cuando me preguntaron. Porque en la calle había bastante moco del que ocuparse, y yo pensaba de veras que eso no era mi sangre. Pero, si no es mi sangre, ¿dónde está mi pantorrilla?, me pregunto.

Me levanto la pernera del pantalón y miro hacia abajo. Tengo un minuto exacto para asombrarme. Si estuviera viéndolo en una película, seguro que me darían náuseas, y de hecho ahora, en este puesto de policía de la autopista,

siento náuseas, lo que en cierto sentido resulta tranquilizador. Por un instante veo mi reflejo en el linóleo acercándose a mí, a continuación se oye un golpe contra el suelo, y desaparezco.